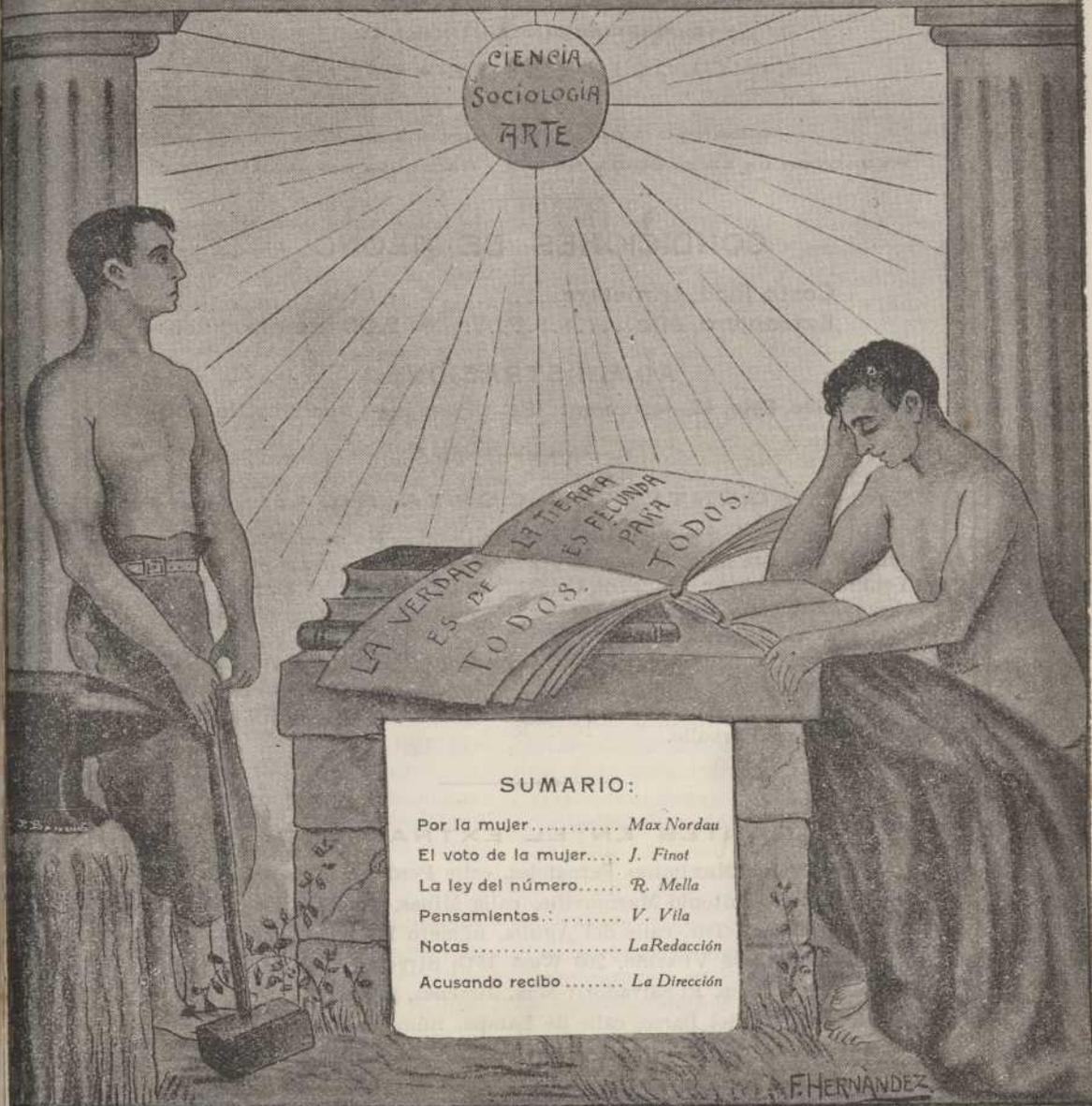


RENOVACIÓN



SUMARIO:

Por la mujer	Max Nordau
El voto de la mujer.....	J. Finot
La ley del número.....	R. Mella
Pensamientos.....	V. Vila
Notas	La Redacción
Acusando recibo	La Dirección

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA + ARTE + CIENCIA

RICARDO FALCO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 42, restaurant 'Petit París' -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkins — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — DESAMPARADOS: Sáenz M. — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habano: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilaríño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profesor.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

10 de Octubre 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 67

Por la mujer

El derecho de la mujer debe ser una cosa aceptable y defendible por cuanto no lo perjudican las aventuras de las sufragistas ni sus crupezas sirven para separar a los hombres que han tomado sobre sí el empeño de defenderlo noble y generosamente. Por regla general, el llamado sexo fuerte toma las pretensiones de la mitad femenina de la humanidad para combatir las en serio o para burlarse de ellas por el ridículo. Una gran masa de hombres, partidarios de la igualdad de los dos sexos, comienza a guardar un extraño silencio. Creen, tal vez, que la cuestión ha pasado del estadio de la discusión teórica al terreno de la legislación o estiman, quizá, que las mujeres no necesitan defensores, sino que ellas mismas pueden luchar por sus pretensiones e ir conquistando lentamente sus derechos. Estas razones no han impedido a Juan Finot el romper una lanza en pro de la mujer con gesto gallardo. Dedicó al problema femenino un tomo de unas 500 páginas (**Prejugé et Problème des sexes**), que es de lo mejor y más completo que se ha escrito sobre el asunto por parte de los defensores de la mujer.

Juan Finot no necesita que se le presente a los lectores. Sus obras maestras **La filosofía de la longevidad**, **El prejuicio de las razas** y **La ciencia de la felicidad** han encontrado en Alemania igual acogida y aceptación que en Francia y en los otros

países latinos y anglosajones. Aparte de su amplia y fundamental erudición y de su extraordinaria habilidad de escritor, hay que señalar dos cosas que explican su rápido y general éxito: un sentido especial para lo que en la actualidad preocupa hondamente a los espíritus y un animoso y seguro optimismo.

En este nuevo libro se afirma en su convicción sobre la permanencia de la bondad en la naturaleza humana y en su confianza en el progresivo aumento de una durable mejora en todas las cosas.

El hombre—dice Finot—se ha propuesto realizar con sus propias fuerzas lo que los dioses jamás pensaron ni desearon crear: la felicidad y la concordia sobre la tierra. ¡Todos felices por todo y todo para la utilidad de todos! Los que dudan dicen que esto son utopías, y los entusiastas contestan que los tiempos de esta suprema felicidad están ya muy cerca. Nosotros agregamos que el esfuerzo es siempre hermoso, aunque conduzca al engaño. El hombre es principalmente grande por la grandeza de su voluntad, por la inmensidad de sus deseos. El progreso se debe al descontento de lo que existe. Por lo demás, nunca pediremos bastante a la vida, pues sus posibilidades van más allá que nuestros sueños más audaces.

Finot advierte un fundamento particular para cuanto corroe y perjudica a la sociedad. El no lo descono-

ce y afirma que existe, porque una mitad de la humanidad vive bajo un derecho oprobioso. Esta mitad del género humano está exceptuada del voto, de la creación y del cuidado de las leyes. Se hacen las cosas por ella, la mayor parte de las veces contra ella y siempre sin ella. La mujer tiene entonces el derecho de volverse contra su dueño y señor y decirle: "Mira tu obra. ¿Serás capaz de asegurar que has dirigido tu actividad y la mía razonable y justamente? Te he dejado mi dirección durante muchos siglos y he visto pacientemente cómo esta tierra, que debiera ser un paraíso, la has convertido en un lugar de miserias y de lágrimas. Todavía es hora de alzarse contra tí para exigirte mi derecho. De nada servirá que te apoyes en mis defectos para negarte a mis pretensiones. Si tengo defectos, tú los has creado, porque tú has hecho a la mujer como ella es hoy."

Ahora bien; yo no estoy muy seguro de que la sociedad esté mal porque la mujer no haya trabajado en ella con los mismos derechos que el hombre. Puede, sin embargo, hacerse un ensayo llevándola a un trabajo de colaboración. Es imposible que lo haga peor que el hombre. Acaso confía demasiado Finot cuando acepta que la disminución de la natalidad, el alcoholismo, la delincuencia, la disipación del dinero público, el favoritismo disminuirán tan pronto como la mujer tome la dirección de la humanidad. Sin embargo, es posible que esté en lo cierto cuando afirma que bajo el influjo de las madres la eterna amenaza de la guerra, que envenena la vida de los pueblos y los lleva a la ruina, acabará por desaparecer. El voto político de la mujer, que en todas partes aspira al mismo ideal, tendría como consecuencia la limitación de los armamentos y se llegaría en menos tiempo del que se cree al sueño dorado de la paz perpetua, al desarme universal. Este razonamiento conduce a Finot a una forma sor-

prendente del progreso: "El crecimiento de la cultura consiste en una disminución de la fuerza bruta y en una exaltación de la habilidad, la dulzura de las costumbres, la bondad y el amor al prójimo. Estos rasgos son considerados, con razón o sin ella, como esencialmente femeninos. El progreso consiste, pues, según esto en que el hombre se parezca cada vez más a la mujer." A esto se podría contestar que más bien ocurre lo contrario. En lugar de hacerse femenino el hombre, es la mujer la que se masculiniza por su vestido, por su conducta y por su modo de pensar. Lleva chaleco abierto y corbata como un estrafalario lechuguino. Las más atrevidas ostentan monóculo, se recortan el pelo y usan sombrero de fieltro. Otras fuman, colocan las piernas como los hombres, hablan y ríen a gritos y ponen todo su empeño en los sitios públicos en molestar todo lo posible a sus atentos vecinos. No son sólo las mujeres mal educadas las que se producen así. Esta falta de educación es una tendencia, una moda preferida, usada metódicamente en los centros elegantes donde se congrega la pretendida buena sociedad. ¡Qué decir de los deportes femeninos! Tienen la pretensión de sobrepasar en ánimo y en fuerzas a los hombres. Es posible que todo ello constituya un exceso, un error o una excrecencia del movimiento, en sí justo, a favor de la igualdad, y que más tarde, después de la lucha, una vez obtenida la victoria, vuelva la mujer a encontrar su propia naturaleza.

Finot da una sucinta, pero suficiente y pintoresca exposición del lugar que ocupó la mujer en los principales pueblos y en las más importantes religiones del pasado y del presente, reuniendo a su vez los juicios que la mujer ha merecido a los espíritus directores de la humanidad. No calla lo malo que se dijo contra ella en veinte idiomas, en prosa o verso, con científica seriedad o con

bufa malicia, y aprovecha la ocasión para dedicar algunos renglones duros al ñoño Weininger, cuyos trabajos han sido presentados por algunos imbéciles como obras geniales.

Medio loco y medio pedante—dice Finot—, ha tenido el valor de entrar en un sistema que le sugiere todas las verdades y principalmente todos los errores de que se alimentan las locas ideas de los enemigos de la mujer. Sus absurdas afirmaciones admiran. Es un mentecato que no hace nada detenido ni meditado. Su locura palpita y brilla como un rayo sobre sus razonamientos. El éxito de su enseñanza iguala al de ciertas pequeñas religiones predicadas a ardientes y equivocadas muchedumbres. Y esta mezcla de verdades científicas, violentas maldiciones y apasionados ultrajes no dejan de fascinar a los que son objeto de ellos.

Después de las acusaciones toma Finot la palabra para defender a la mujer de los reproches aislados que se le dirigen. ¿La mujer es naturalmente tonta, como afirma Moebius toscamente? Pues bien; la mujer, esta **naturalmente tonta**, penetra en todas las profesiones libres, es médica, abogada, ingeniera, perita en ciencias naturales, cultiva la filosofía y sobresale en todas partes sobre el término medio de los hombres en el ejercicio de la profesión. Su puesto sobresaliente en la literatura no se lo disputa ya nadie. Una mujer ha recibido el premio Nobel, de literatura, con aplauso de ambos mundos. Se dice que no ha inventado nada, y Finot replica elocuentemente narrando los inventos atribuidos a la mujer y que en parte han transformado lo fundamental de la cultura, y ofrece además datos interesantísimos sobre las patentes de invención que obtuvieron las mujeres en Francia durante estos últimos años. Arguyen también que es mentirosa, y Lombroso, con sus experiencias, demuestra que la relación de dependencia en que se halla ha debilitado su natural impulso por la verdad,

aparte de que la mentira es el medio de defensa y protección de los débiles contra la tiranía y brutalidad del hombre.

Después realiza Finot una excursión, no muy justificada, por los dominios de la Embriología, Anatomía y Fisiología para hablarnos con sorprendente seguridad de las diferencias y particularidades de los dos sexos y exponer, al paso, su idea sobre este asunto. Y luego proyecta con mágicas palabras una descripción de la mujer futura, tal como él la ve, libre en todas las manifestaciones de la vida e igual al hombre en derechos y obligaciones. Su generosa simpatía le presta rasgos e imágenes que acaso no le dio la Naturaleza. Sin embargo, todos pueden convenir con él, lo mismo los entusiastas que los reacios y dudosos en el análisis, que con gran finura hace del sentimiento maternal de la mujer, del amor, de la compasión y el sacrificio y de los rasgos fundamentales de su vida sentimental. De todo ello deduce como verosímil o posible consecuencia la completa, magnífica evolución moral y estética de la mujer.

Aborda también intrépidamente el problema de la moral sexual. Examina y discute las necesidades sexuales y la intensidad de los sentimientos en el hombre y en la mujer para llegar a una solución que puede considerarse como difícil de encontrar dados nuestra actual experiencia y los débiles métodos de investigación que poseemos. Finot, no obstante, cree poder asegurar que la mujer es menos sensual que el hombre, y que en una sociedad donde fuese contrarrestado su influjo y el hombre estuviese educado en el propio dominio de sí mismo, sojuzgaría sus deseos y llegaría a existir una verdadera monogamia. No es extraño que se cifren tales esperanzas aunque la lírica y la novelaría femenina den pie para que nazcan las dudas más formidables.

Como todos los inteligentes de-

fensores del derecho de la mujer, insiste Finot, con particularidad, en que la igualdad de los derechos no supone la igualdad absoluta de los dos sexos. Ambos tienen asignada por su propia naturaleza su función peculiar y privativa y no pueden reemplazarse mutuamente. En el matrimonio tampoco sufrirá alteración nada. La mujer debe ser el pilar de la familia, la guardadora del fuego sagrado del hogar, la educadora de los hijos y la directora de la casa, con arreglo a los modernos métodos científicos, no como una esclava de la cocina, sino como una

mujer de su casa, culta y libre, que en el círculo de su actividad aplique prácticamente la economía social y los conocimientos de la química relativos a la alimentación.

Si, como es lógico suponer, el agradecimiento es una de las más excelsas virtudes femeninas, Mad. Finot debe sentirlo en alto grado, ya que todos los hombres más ilustres que han escrito hasta ahora sobre la mujer, ninguno puso tanto cariño y afecto ni nadie posee la inspirada adivinación del citado autor del **Prejuicio de los sexos**.

Max Nordau.

El voto político

Capítulo de "El prejuicio de los sexos"

El gobierno de los hombres y de las cosas ha sufrido en el transcurso de los siglos profundas modificaciones. El poder ha cambiado de nombre y de ciencia. Las fuerzas legislativas y gubernamentales, centralizadas antes en las manos de un hombre, se encuentran hoy divididas entre todos los electores del país. Es a ellos a quienes toca decidir de su administración, de su vida política y de su modo de evolucionar. El afán de libertarse ha invadido todas las inteligencias y ha penetrado rápidamente en todas las clases sociales. Aquellos mismos que, imbuidos por las ideas del pasado, sueñan con la vuelta del señor o anatematizan los derechos conquistados, no lo hacen sino de un modo moderno. Sin duda el espíritu nuevo les ganó como a todos.

De todos estos movimientos contradictorios se deduce una concepción más enaltecida de la dignidad humana, que es la base esencial de la conciencia moderna, su elemento indispensable e intrínseco.

La mujer penetra en la vida y aprecia los nuevos dolores sociales. Estamos en una época en que la de-

mocracia se va aproximando a un ideal de vida nueva, de organización social y política más perfeccionada. La mujer demanda su parte en los dolores y en las alegrías de estas evoluciones, tiende a alcanzar el mismo título que su compañero, porque de ello depende su porvenir y su reconocimiento de ser humano. De esta democracia que nace y se engrandece sobre las ruinas del antiguo régimen dependen por igual los destinos del hombre y de la mujer; de sus aciertos, la grandeza de la patria; de su claridad, la desaparición de los males y de los efectos disolventes; de su nobleza, la dignidad y el perfeccionamiento moral de todos; y en fin, de su contenido ideal bien comprendido, la ventura de los dos sexos, ligados por la misma cadena a la organización presente y futura de su país...

Cuanto más pronto se libre un país del gobierno de los políticos profesionales, más pronto la participación de la mujer en el voto político llegará a ser para ella urgente e inevitable. En el tren de las democracias modernas el voto no faltará en su curso de ser el árbitro

supremo del destino de los pueblos. Y entonces en lugar de consumir sus fuerzas prosiguiendo la destrucción parcial de todas las injusticias que obstaculizan su camino, la mujer francesa, y con ella las mujeres de todos los países, deberá entrar en posesión ante todo de sus derechos electorales.

Es imponiendo su voluntad como la mujer podrá hacer triunfar la justicia de sus pretensiones, de donde depende la dicha de ambos sexos.

Francia que, justa o injustamente, ha sido considerada como un país retrasado en lo que concierne a sus ideas sobre la mujer, acaba de reivindicarse. Las conquistas que ha realizado la mujer en estos últimos años son a todas luces sorprendentes. Los boquetes que ella ha sabido hacer en la opinión son, en efecto, más considerables que las modificaciones habidas en todos los códigos que rigen el estatuto de las mujeres en Francia. Una encuesta hecha entre los hombres más representativos de la mentalidad francesa lo prueba hasta la evidencia. Los espíritus más eminentes fueron consultados sobre esta grave cuestión del voto. No ha sido preciso dirigirse a los incondicionales de la mujer, sino a todos los pensadores, sea cualquiera su opinión o tendencia, y todas las respuestas han sido francamente favorables a la igualdad política de la mujer. Entre los autores de estas respuestas había hombres avanzados y reaccionarios, sociólogos, dramaturgos, novelistas, sabios, hombres de acción, médicos, abogados, jueces, diputados y senadores, jefes de gobierno de ayer y de mañana, y todos, casi sin excepción, han admitido en principio la justicia de la causa, si bien con las reservas acerca de la oportunidad de su realización integral o parcial.

Los argumentos que han hecho valer en esta ocasión son los argumentos de siempre, los formulados en todo tiempo y ocasión.

La mujer, sufriendo y contribuyendo a todas las cargas sociales, agregamos nosotros, debe tener el derecho de votarlas o combatir las.

El sufragio llamado universal no lo será realmente hasta el momento en que para su práctica no haya diferencia de sexos.

Hay una equivalencia, y por consecuencia una igualdad de derechos, entre las dos mitades del género humano.

La capacidad—nos dicen—y no el sexo debe dar el derecho al voto. "El voto de la mujer hará triunfar las leyes de protección social del niño, de la mujer, de los viejos y de la raza amenazada por el alcoholismo, la sífilis y la tuberculosis."

Se nos dirá también que las mujeres tienen intereses distintos a los de los hombres, "que al ver el uso que éstos hacen del voto no hay gran riesgo en confiárselo a la mujer. M. Jules Clarette sostiene esta tesis con gracia: que si ella no vota influye en los que votan, y tal vez si votase lo hiciese igual que los que votan por ella. Un profesor de Derecho desarrolla la idea de que la mujer, debe votar si el voto es un **derecho**. Y si el voto es una **función**, ellas introducirán en su ejercicio más moralidad y más inteligencia.

De todas estas opiniones se deduce la fe serena en el porvenir de la mujer lo mismo que en el del hombre, que gracias a la ayuda que le aportará su compañera en el terreno político tendrá representantes más dignos y leyes más humanas.

Una sola aprensión parece detener a todos los republicanos convencidos de su simpatía por la igualdad política de los dos sexos. Todos tiemblan ante el espíritu religioso de la mujer y dudan de que abandone la influencia del cura.

Creencia instintiva y mezquina en unos, es en otros una preocupación necesaria. Ella constituye la inquietud de los librepensadores, y su conquista parece expuesta a las hos-

tilidades generales. Pero los espíritus más clarividentes lo dejan todo para el mañana, porque estiman que todos los prejuicios religiosos caerán por su base.

Cuando se observa el vaivén incesante de las ideas liberales y reaccionarias en Francia, se advierte un argumento más en favor de los derechos de la mujer. Es que en nuestros días no se han preocupado de conquistar a la mujer al ideal amado por los librepensadores. Se está siempre dispuesto a imponerlo; pero dejad que la mujer aprecie su valor libremente, facilítadle el contacto con la realidad diaria, permitidle pesar los crímenes y las virtudes de los unos y de los otros y confiad en su juicio, que apoyará sobre su buen sentido y sobre su sana concepción de la vida. Ella será, seguramente, menos accesible a las promesas engañosas de un cielo imaginario cuando pueda comprender mejor las necesidades apremiantes de la vida terrestre. No dejará por ello de ser menos religiosa, pero sí llegará a ser menos supersticiosa.

En este conflicto incesante entre la necesidad de creer y el abuso de las creencias, la mujer podrá aportar el remedio para aplacar a nuestro corazón que sangra y para calmar a nuestra razón que enloquece. Integrada a su vez en el problema más grave que pesa sobre la humanidad, sabrá, reconciliando su fe con la del hombre, alejar en parte todas las supersticiones o tal vez hundirlas definitivamente abrazando una fe suprema de elevación divina...

Pero que este peligro, sea real o imaginario, no autoriza a los que se recluyen en la justicia y en el libre pensamiento a condenar de antemano a la mujer por una falta que ella podrá cometer o no en un porvenir más o menos lejano.

Y una vez disipada esta aprensión en la conciencia de la Francia republicana, los gobernantes no encontrarán impedimento para otorgar a la

mujer los derechos que emergen lógicamente del espíritu de nuestra constitución, del sentimiento popular que anima nuestra historia y de la vitalidad de nuestra democracia.

Ya los mejores, entre los republicanos de hoy, han comprendido el peligro y la inmoralidad que encierran esta suspensión o aplazamiento, y han tomado la iniciativa de acelerar su evolución (1).

Notemos que los hombres menos imbuidos de los prejuicios antifeministas admiten voluntariamente el voto, pero no la facultad de ser elegida. Su creencia adopta toda clase de pretextos que, naturalmente, se encubren con el nombre de los superiores intereses de la mujer.

Ser frágil y delicado, la mujer no tiene razón para exponerse a las groserías y a las querellas vulgares que agitan las asambleas de los hombres. Apasionada y fácil de sentimientos, se dirá también que se deja dominar fácilmente por los excesos de lenguaje que rebajan la dignidad humana y le son perjudiciales. El vil comercio político que se practica en todos los parlamentos no podrá pasar intacto sobre los conciencias femeninas. Desconsiderada y empequeñecida, la mujer perderá las razones que la hacen estimable y digna del amor... Con el atractivo y el espíritu práctico que caracteriza a la mujer, ella se apoderará fácilmente de la voluntad de los hombres. Estos se quedarán reducidos al papel de comparsas guiados por las mujeres, rara vez superiores, pero siempre bellas, coquetas e insinuantes.

Se tiene en reserva argumentos

(1) Se conoce el dictamen favorable hecho en nombre de la comisión del Sufragio universal, tendiendo a conceder el derecho del voto a las mujeres.

Esta comisión, presidida por un librepensador notable, M. F. Bursson, al cual debe la tercera República la organización de la enseñanza secundaria, ha concedido a la mujer, por una medida transitoria, el voto municipal. Y los diputados más sobresalientes de la Cámara se organizaron para pedir el complemento lógico de esta medida, es decir, el voto legislativo, la facultad de elegir y el consiguiente derecho a ser elegida.

jurídicos extraídos del derecho público. La soberanía del pueblo se afirma que exige, es cierto, que todos los miembros de la nación puedan hacerse representar en sus organismos, pero ella no pide de ninguna manera que todos los electores puedan elevarse a todas las funciones representativas... Todos deben votar—dicen los espíritus más generosos—, pero sólo algunos privilegiados pueden y deben ser elegidos. Naturalmente, el privilegiado, el dueño, debe ser el hombre. Por otra parte, los partidarios más galantes de la mujer declararán que ella debe votar, pero no ser elegible; si la mujer no debe entrar en el Parlamento es porque el Parlamento es indigno de ella...

Estos razonamientos no pueden resistir largo tiempo al buen sentido y al derecho de las mujeres. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que se cierre la entrada en el Parlamento a la mujer, so pretexto de que la institución suprema donde se elaboran las leyes de vida o muerte de los ciudadanos ha sido transformada por los hombres en una especie de paraje desprestigiado, donde la grosería de lenguaje corre parejas con el rebajamiento de la honestidad? Lógicamente la mujer debía verse autorizada, tanto más cuanto ella puede constituir la esperanza legítima para realizar la dignidad de las asambleas masculinas. Los detractores del parlamentarismo, que no han encontrado nada bueno para reformar esta institución carcomida, deberían abrigar su única esperanza en la intervención activa de las mujeres.

Después de todo, los mismos argumentos que se aducen en pro del voto de las mujeres se pueden aportar igualmente en favor de su facultad de ser elegibles. ¿Por qué infligirles la humillación o la pena que sólo alcanza a los condenados por los crímenes de derecho común, a los idiotas y a los locos? ¿Cómo la ley

que no niega la posibilidad de ser diputado a un lacayo ineducado, a un hombre desprovisto de toda cultura, a un financiero íamoral, a un próligo que luego de malgastar su fortuna puede disipar la fortuna nacional, se la niega a la mujer por el mero hecho de ser mujer?

¿La facultad de ser elegible no es también una función de la soberanía? ¿Cómo alejar a las mujeres de ella desde el momento que se las hace votar como ciudadanos encarnando la citada soberanía?

Más lógicos se nos muestran sus adversarios que les niegan todos los derechos so pretexto de que son inferiores. Cuando se desecha el postulado de la desigualdad de los sexos no hay otro remedio que franquear la distancia que nos separa de la igualdad de sus derechos.

¿Las mujeres tienen interés en ser elegibles? Seguramente que sí. Este es el complemento racional e inevitable del derecho de votar. Prácticamente no ha estado jamás tan bien defendida como por sí misma. De antemano nos hemos conolido de los representantes que en vez de servir los intereses del público no atienden más que a sus negocios y no explotan sino los negocios de los otros. Por otra parte, los intereses de los hombres y de las mujeres en la industria, y también en el dominio moral, no son siempre los mismos. La mujer tiene por consecuencia numerosos motivos para poder defenderse ella misma, y no sabría, además, en nombre de su dignidad, aceptar esta situación de inferioridad que nada justifica.

La justicia, la razón y el interés están de parte de la facultad elegible de la mujer y está fuera de toda duda que le será concedida más pronto o más tarde.

Ella deberá contar con la pusilanimidad del hombre, y sobre todo con la de la mujer misma. En nuestro criterio de la innovación exageramos frecuentemente sus consecuencias y

su alcance. La justicia tiene igualmente sus etapas, que ella franquea lentamente como la verdad, que parece en su avance parsimonioso el caminar majestuoso del sol.

Ella avanza con moderación, descubre metódicamente su belleza y nos entrega progresivamente los beneficios de su calor saludable...

¡Qué de espacio recorrido desde la época en que un hombre como Gladstone que, estando en un todo convencido de la justicia de la causa, no la aceptaba, creyendo en los peligros que corría la humanidad por la entrada de la mujer en la vida pública!

Según el ilustre viejo, la mujer debía circunscribir sus encantos a su delicadeza, su pureza y su elevación de sentimientos.

Hoy apenas si un orador vulgar osaría oponer argumentos de este género, empleados por uno de los espíritus más superiores de cincuenta años acá. Este cambio radical del razonamiento implica también el cambio profundo de los sentimientos que inspira la evolución de la vida y del pensamiento en la mujer moderna.

J. Finot.

La ley del número

IV

De la libertad de acción se deduce inmediatamente la idea de contrato. Cada individuo, dueño de sí mismo, debe entrar y entrará seguramente, a impulso de las necesidades sentidas, en relaciones de reciprocidad con sus afines en profesión, en gustos y en tendencias. Hoy mismo son las necesidades las que ponen en contacto a unos individuos con otros, las que impulsan a los grupos a entenderse para sus fines comunes. El gobierno, con todo su complicado mecanismo, sólo alcanza a perturbar la armonía de las relaciones sociales. En el orden del trabajo, de la producción y el consumo, el contrato es el principio fundamental de todo organismo; la mutua conformidad de las partes, la única garantía de existencia regular; la libertad, el solo medio de salvar todas las diferencias. Asimismo en el orden de las relaciones morales las costumbres son las que regulan la evolución de la vida humana.

Eliminados todo obstáculo, toda coacción gubernativa o legislativa al desenvolvimiento individual y colectivo, la evolución de las costum-

bres, la evolución de los métodos de convivencia social, lo mismo que la de las personas y las cosas, el progreso, en fin, en toda su generalidad, podrá verificarse libremente.

Pretendemos que aquello que se desata con violencia y con violencia se rompe, se desate y se ronpa pacíficamente. Toda cohesión o disgregación inevitable como producto de imperiosas necesidades, debe producirse, antes que por la lucha y la fuerza, por la espontánea y terminante manifestación libérrima de los elementos que tales necesidades sientan. Proclamamos la teoría de la libertad en toda su pureza. Queremos que los individuos y los grupos, en igualdad de condiciones colocados, puedan libremente entenderse, buscarse, unirse o separarse. Queremos la asociación de los hombres como resultado de la iniciativa y de la espontaneidad individuales, no como imposición de un órgano cualquiera, político, económico o religioso.

Podrá argüirsenos que pretendemos la vuelta al estado primitivo, al estado salvaje. A esto contestamos que nuestra flamante civilización tiene mucho que envidiar a ese es-

tado primitivo de que se habla con desprecio y ligereza nada justificados.

Aparte el hecho de que la organización que defendemos corresponde bien a la heterogeneidad indefinida de la vida actual; aparte asimismo la evidencia de que nuestros adelantos no permiten la vuelta al salvajismo, porque cualquiera que sea el régimen social en que vivamos subsistirán siempre las conquistas del progreso y de las ciencias, poseemos buen número de datos para afirmar que se encuentra latente en las sociedades primitivas el verdadero principio de la vida social, obscurecido o anulado en las nuestras por la guerra permanente en que nos debatimos.

“En las pequeñas sociedades no desenvueltas—dice Spencer—, donde ha reinado por espacio de siglos una paz completa, nada parecido existe a lo que llamamos gobierno; no hay en ellas ninguna organización coercitiva, sino todo lo más alguna supremacía honoraria. En estas comunidades excepcionales, que no son agresivas y que por causas especiales se ven libres de toda agresión, son tan raras las desviaciones de las virtudes fundamentales, veracidad, honradez, justicia y generosidad, que basta para contenerlas que la opinión pública se manifieste de vez en cuando en asambleas de ancianos convocadas a intervalos irregulares.”

Los vedhas de los bosques, completamente salvajes, dice Hartshone, sin ninguna organización social, miran como inconcebible el que “alguien pueda apoderarse de lo que no le pertenece, herir a su compañero o proferir una mentira.”

No obstante los citados hechos y muchos más que pudiéramos agregar, es tan poderoso el fetichismo gubernamental, tan honda la superstición legislativa, tan arraigada la fe en las santas y omniscientes mayorías, que se continuará afirmando enfáticamente la ridiculez de un pre-

tendido retroceso, de una vuelta absurda al barbarismo en lo que tiene de más repugnante por la animalidad originaria de la especie humana.

Ni aun se producirá el convencimiento con el ejemplo de lo que hoy mismo ocurre. Infinidad de asuntos se regulan por las costumbres más bien que por las leyes, y muchas veces contra las leyes mismas. El comercio hace crédito sin necesidad de ley alguna, y gran parte de su desenvolvimiento se verifica fuera de lo legislado. Las más complicadas relaciones mercantiles se establecen mediante convenios y obedeciendo a costumbres de larga fecha. Los códigos han llegado algo tarde y son una verdadera perturbación. Ni aun sirven para castigar la mala fe, puesto que las quiebras fraudulentas salvan todos los diques.

En las relaciones públicas y privadas, en los asuntos de industria y trabajo, en toda la vida social, las costumbres están por encima de las leyes. Muchas de éstas son letra muerta para las gentes. Las leyes son realmente una intrusión en la vida de los pueblos; son las mallas de una trampa que sólo conocen bien los abogados y los picapleitos. En cambio las costumbres, con su inmensa diversidad de nación a nación, de comarca a comarca y de pueblo a pueblo, regulan todos nuestros actos y constituyen toda nuestra vida.

* * *

“En materia de zapatos—decía Bakounine, y le reproducimos para concluir—yo consulto la autoridad del zapatero; en todo lo concerniente a edificios, canales o vías férreas, solicito la del arquitecto o la del ingeniero. Para cada ciencia especial, yo me dirijo a tal o cual sabio. Pero no consiento que ni el zapatero, ni el arquitecto, ni el sabio, me impongan su autoridad. Los acepto libremente y con todo el respeto a que me son acreedores por su inteligencia, por su carácter, por sus conoci-

mientos, pero reservándome siempre el incontestable derecho de crítica y censura. Yo no consulto en cualquier materia una sola autoridad, sino varias; comparo sus opiniones, y finalmente, escojo la que me parece más justa. Por esto mismo no reconozco, aun en cuestiones especiales, autoridad alguna infalible; cualquier respeto que pueda tener a la sinceridad y honradez de tal o cual individuo no me induce a tener una fe absoluta en él. Semejante fe sería fatal a mi razón, a mi libertad y aun al desenvolvimiento de mis ideas; me convertiría inmediatamente en un esclavo estúpido, en un instrumento de la voluntad y de los intereses de otro.

"Si me inclino ante la autoridad ajena en un asunto dado y acato en cierto modo y en tanto cuanto me parece necesario sus indicaciones y aun su dirección, es porque tal autoridad no me es impuesta por nadie, ni por Dios ni por los hombres. De otro modo yo la repelería con horror, dando al diablo sus consejos, su dirección y sus servicios, seguro de que tendría que pagar con la pérdida de mi libertad y de mi propio respeto tantos restos de verdad, envueltos en una multitud de falsedades como pudieran darme.

"Acato la autoridad externa en materias determinadas, porque no me viene impuesta más que por mi propia razón y porque tengo conciencia de mi incapacidad para poseer en todos sus detalles, en todo su desenvolvimiento positivo, una gran parte de los conocimientos humanos. La más grande intelectualidad individual no puede igualarse a la inteligencia de todos, a la razón colectiva (1). De aquí resulta para la ciencia, tanto como para la indus-

(1) Entiendo que Bakounine al hablar así de la razón colectiva, de la inteligencia de todos, se refiere nada más que a la suma de los conocimientos de todos los hombres, que naturalmente no podrá jamás sobrepasar ni aun igualar individuo alguno, por sabio que sea. Cualquier otro significado de la razón colectiva, sería puramente metafísico y concedería de hecho una superioridad al grupo social que, como se habrá visto, estamos lejos de admitir.

tria, la necesidad de la división y de la asociación del trabajo. Dar y recibir, tal es la vida humana. Cada uno dirige y es dirigido a su vez. Por esto no hay autoridad fija y constante, sino un cambio continuo de autoridad y subordinación mutua, temporal, y sobre todo voluntaria.

"Esta misma razón me prohíbe reconocer una autoridad fija, constante y universal, porque no hay hombre alguno universal, capaz de abarcar con toda la riqueza de detalles, sin los que la aplicación de la ciencia a la vida es imposible, todas las ciencias, todas las ramas de la vida social. Y si tal universalidad pudiera darse en un solo individuo, y éste, prevaleciendo de ello, quisiera imponer su autoridad al respeto de los hombres, sería necesario arrojar del mundo social a semejante ser, porque su autoridad reduciría inevitablemente a sus semejantes a la esclavitud y a la imbecilidad. Yo no creo que la sociedad deba maltratar a los hombres de talento, como precisamente sucede en nuestra época; pero tampoco creo que deba llevar tan lejos su complacencia con ellos, y menos aun que les conceda privilegios o derechos exclusivos, cualesquiera que sean, y esto por tres razones: primera, porque frecuentemente podría tomarse un charlatán por un hombre de genio; segunda, porque con tal sistema de privilegios podría convertirse en charlatán un verdadero sabio, y tercera, porque esto valdría tanto como darse la sociedad a sí misma un amo.

"Mas si bien rechazamos la autoridad absoluta, universal e infalible de los hombres de ciencia, nos inclinamos voluntariamente ante la autoridad respetable, aunque relativa, temporal y limitada, de los representantes de las ciencias especiales, pues nada mejor que consultarlos alternativamente agradeciendo mucho los preciosos informes que nos

faciliten, a condición de que ellos los reciban nuestros voluntariamente en todas las ocasiones y en todas las materias en las que nosotros seamos más competentes que ellos.

En general, no hay nada mejor que ver a los hombres dotados de grandes conocimientos, gran experiencia, gran inteligencia, y sobre todo de gran corazón, ejerciendo sobre nosotros una influencia legítima y natural, libremente aceptada y nunca impuesta en nombre de una autoridad cualquiera, ya sea divina o humana. Nosotros aceptamos todas las autoridades naturales y todas las influencias de hecho, pero ninguna de derecho; toda autoridad

o influencia de derecho, oficialmente impuesta, se convierte de un modo directo en opresión, en falsedad, llevándonos inevitablemente, como creo haber demostrado, a la esclavitud y al absurdo.

"En una palabra: nosotros rechazamos toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiada, oficial y legal, aun cuando provenga del sufragio, convencidos de que nunca podrá aprovechar más que a una minoría dominante y explotadora, en detrimento de los intereses de la inmensa mayoría a ella sujeta.

"Tal es el sentido en que nosotros somos realmente anarquistas."

Ricardo Mella.

Pensamientos de Vargas Vila

De "La Voz de las Horas"

La Exquisitez, es un dón sublime, que se desarrolla y, se afina con el largo contacto de la Vida;

es, después de los cuarenta años, que se saborean bien, un plato, un libro, y, una mujer.

* * *

En la juventud, no sabemos leer ni en los grandes libros, ni en el corazón de las mujeres;

cuando dejamos de ser jóvenes, podemos ya leer en los grandes libros: ellos nos entregan sus secretos: pero no podemos leer nunca en el corazón de las mujeres: es el secreto que no se entrega jamás...

leer en el corazón de las mujeres... ¿es que puede grabarse algo, o leerse algo, en una playa, en la cual no deja de soplar el viento?

A las tres almas ideadas por Platón para el Hombre: aquella que reside en el cerebro ; la que reside en el corazón ; y, la que radica en el vientre ; habría que añadir una cuarta, la más poderosa de to-

das: la que reside en el Sexo; ella las resume todas; y, bajo apariencias diversas, ella es, toda nuestra Vida.

* * *

Poder amar, es el privilegio de la juventud; pero, saber amar, es el privilegio de la edad madura.

* * *

La última pasión que muere en nosotros, es, la Política, porque es, la más vil.

* * *

Hay dos cosas que deben ser insoportables a un tonto: la Vejez y la Soledad;

y, sin embargo; ; Son tan bellas, en su apacibilidad crepuscular y sonora!...

* * *

La vejez del hombre de Genio, no tiene nada de triste;

lo que sería realmente triste, sería la vejez del Genio;

la Naturaleza misericordiosa ha evitado a los mortales, ese espectáculo: el Genio no envejece: Homero, Esquilo, Goethe, Hugo, Tols-

toi; ¡los grandes viejos! ¿habéis visto un poniente de soles, que se asemeje más a una Aurora?

* * *

Sólo en la Soledad, se es libre, porque en ella, no se gobierna, ni se obedece;

después del Esclavo, yo, no he visto nada más vil, que el Amo;

la Autoridad, tiene eso de Implacable: que deshonra por igual, a aquel que la sufre y, a aquel que la ejerce.

* * *

Es propiedad de los políticos profesionales, dar tal magnitud a los apetitos, que llegan a confundirlos, con las Ideas, porque en esos seres, los apetitos, son, las ideas del vientre;

* * *

Fuera de la materia, no hay Belleza, posible;

las más altas concepciones de Belleza metafísica, no son sino formas de los ensueños de nuestra propia carne, embellecidos por la Ilusión, como las nieblas que se alzan del pantano, son embellecidas y, coloreadas por el Sol;

a la más alta Ilusión metafísica, que es, Dios, los hombres han terminado por darle: los lineamientos plásticos de la Belleza Humana, y, lo hicieron Hombre;

todas las creaciones de ultra-tumba, son prolongaciones de nuestra idea de Belleza material;

por eso, los musulmanes, crearon las huríes, y, poblaron de ellas su paraíso;

y, los monjes del cristianismo, más refinados, inventaron los ángeles, y, poblaron con la Belleza de esos adolescentes sus cielos hipotéticos;

porque nada hay fuera de la Materia, que es el único Dios;

tanto es así, que en su Impotencia, las religiones espiritualistas, no queriendo confesar que la Materia, es, Dios, han terminado por dar a Dios, las formas de la Materia.

* * *

La Gramática, es una ciencia necesarísima a los escritores sin talento, es en ella que reside su sola fuerza, y, son dominados por ella;

es útil a los escritores de talento, que saben adornarse con ella;

y, es absolutamente inútil a los escritores de Genio, que saben crearse un mundo verbal, personalísimo, no sólo fuera de ella, sino contra ella.

* * *

El verdadero desencanto, no se siente sino en los dos extremos de la Inteligencia;

cuando no se sabe nada; porque se quisiera saber mucho;

y, cuando se sabe mucho; porque se quisiera no saber nada;

bajo ese punto de vista serían los mediocres, es decir, los pseudo-intelectuales, los seres verdaderamente felices, si no tuvieran la Envidia; desgraciadamente, la Naturaleza les dió ese tormento, para amargar su felicidad;

el envidioso, cuenta sus días por sus derrotas; porque todos los días, hay alguien que triunfe; y, el envidioso, es, el vencido del triunfo ajeno.

* * *

Lo malo y, lo triste, de esta tragicomedia de la Vida, es, no poder ser espectadores y, vernos obligados a ser actores, en una pieza, cuyo autor no conocemos nunca, y, cuyo desenlace ignoramos siempre.

¿no es verdad, que a pesar de ser actores en ella, y, tal vez a causa de eso, sentimos con frecuencia la necesidad imperiosa de silbar la comedia y, el Autor?

* * *

Los vegetarianos, se apiadan enormemente de la suerte de los animales, y, no se dignan devorarlos; en cambio, consumen una espantosa porción de vegetales;

¿por qué la vida de un vegetal, no les inspira lástima?... ¿no es una Vida?

quién sabe si esa propaganda con-

tra el hábito de devorar animales no es la generosidad, sino el Instinto de conservación, quien se las dicta;

y, nada se parece tanto a la Generosidad, como el Miedo.

* * *

Las características fundamentales, de una verdadera Personalidad, las que informan y distinguen una Vida Trascendental, son: la Soledad, la Unidad, y, la Inaccesibilidad;

toda existencia de verdadero Pensador, es, aislada, unida, e inabordable.

* * *

El Pensador, que entra en un Sistema, entra en una cárcel: ha dejado de ser libre, y, casi puede decirse que ha dejado de ser un Pensador; porque fuera de la Libertad, ya no se piensa, aunque muchos se hagan la Ilusión de Pensar.

* * *

El verdadero Filósofo, conoce todos los sistemas, y, no profesa ninguno: Indagar es su divisa;

fuera de la Indagación, ya no hay Filosofía, sino Sistemas;

la Idea que se cristaliza, ya no es la Idea, es el Prejuicio;

y, ¿puede haber algo más perjudicial, que el Prejuicio Filosófico?

de ese detritus de todas las Ideas, se forman las Religiones.

* * *

Toda creencia, es una Fuerza, y, sin embargo, viene de una gran Debilidad, de la Debilidad, de creer.

* * *

La Duda, es el más poderoso fermento en el campo de la Indagación; dudar, es marchar;

creer, es detenerse, pensando haber hallado fondo en el Mar del Pensamiento;

toda Creencia, es una renuncia a la Conquista de la Verdad, por creerse ya en posesión de la Certidumbre;

si la Verdad existe, el camino de la Duda, es el único que puede llevar hacia ella;

el Hombre que cree, no es ya susceptible de Verdad;

la Fe, es algo más que una debilidad del espíritu; es la parálisis de él.

* * *

El Escepticismo, no es una renuncia a la Sinceridad; es, una renuncia a la Afirmación;

la Sinceridad del Escepticismo, está toda en su sonrisa;

la flor de sus jardines, se llama: la Ironía.

* * *

Todas las filosofías, se han ocupado de inventar sistemas, y, todas han fracasado, al tratar de vivir los sistemas inventados.

* * *

Cuando a través del Hombre, que somos, recordamos, el niño que fuimos, sentimos un gran amor casi paternal, por aquel tierno infante, que se nos aparece, casi siempre, como inseparable de la sombra de nuestra Madre, y, una gran Piedad nos asalta, casi un desprecio, por este sér ficticio, que nos hemos hecho, y, que no conserva del niño, sino la facilidad de ser engañado, y no ha aprendido del Hombre sino la cobarde facilidad de engañar.

* * *

¿No habéis notado cómo la edad de las conversiones, coincide siempre con la edad del decaimiento y la pérdida de las energías...?

es a esa edad, que los libertinos se casan y, los tontos se convierten;

es la última calaverada de los unos, y, la última imbecilidad de los otros.

* * *

Eso de Raza latina, y, Raza sajona, son modos de expresión, ya caídos en desuso;

hoy, no hay verdaderamente razas, sino civilizaciones;

la Civilización latina, que es, todo esto que vemos, menos los buques ingleses y, el ejército alemán;

y, la Civilización sajona, que es lo que muchos esperan ver, a saber: la desaparición de todo esto que vemos, el hundimiento de los buques ingleses, y, el triunfo del Ejército alemán;

un Sedán, universal.

y, el reinado de Thor;

yo, no tengo un gran odio por la cerveza, pero eso dé verla gobernando el mundo, no me seduce;

el espectáculo de esos regimientos de profesores, con anteojos, y Biblia, no dejando de rezar versículos sino para matar hombres, me hace pensar en los hunos de Atila, a los cuales, Darwin y el Profesor Haeckell, hubieran enseñado, el Origen de las Especies, y, la mejor manera de destruirlas;

y, el sacrificio del mundo actual celebrado con un discurso del Emperador Guillermo, y, música de Wagner, no creo que me dejara una bella impresión, suponiendo, que me dejara vivo;

obligado a optar por un cambio de Civilización, yo, optaría por la China, sobre todo, después que parece probado, que los antecesores de Cambises, reinaron en América;

voilà la loi du retour...

y, además, la idea de esos chinos sedentarios, puestos en cuclillas para hacer botones, con los huesos de los vencidos, me es menos horripilante, que la de los granaderos de Francfort, picadillando la carne de los caídos, para hacer salchichas;

porque en fin, los botones, no se los come nadie;

pero, las salchichas...

y, luego, caso de una reencarnación, yo, preferiría renacer chino, sentado cerca de un biombo y dedicado a hacer juguetes; antes que renacer en un cuartel, destinado a ser el juguete de otros...

cuestión de gustos;

y,

de "afinidades electivas", que diría Goethe.

Notas

En Ginebra. — El Decano de la Facultad de Ciencias, **Ch. Eug. Guye**, presidió el 5 de Junio último la ceremonia de inauguración del monumento a **Pedro Prévost** (1751-1839), filósofo y físico enciclopédico a la Berthelot, conocido sobre todo por haber formulado claramente el principio tan fecundo de los "equilibrios móviles". Oiganse las palabras finales del discurso de Guye:

"... Los caminos seguidos por los grandes espíritus se entrecruzan frecuentemente. Permitid pues, que al terminar recuerde lo que el ilustre Lavoisier escribía sobre la influencia recíproca de la ciencia y del lenguaje, en el prólogo de su célebre **Tratado de Química**:

"La imposibilidad de aislar la nomenclatura de la ciencia y la ciencia de la nomenclatura depende de que toda ciencia física está necesariamente formada de tres cosas: la serie de hechos que constituyen el material de la ciencia; las ideas que los recuerdan; las palabras que las expresan. La palabra debe hacer nacer la idea; la idea debe pintar el hecho. Y como las palabras son las que conservan y transmiten las ideas, resulta que no se puede perfeccionar la lengua sin perfeccionar la ciencia, ni la ciencia sin la lengua."

Yo no puedo menos de ver en esta concepción tan profunda y tan justa la razón de ser de la doble pa-

sión de Prévost por las letras y por las ciencias.

La reforma de la segunda enseñanza hecha en Francia hace 11 años continúa siendo objeto de útiles discusiones. Una palabra de aquí y de allá:

Enrique **Bernés**, refiriéndose a la multiplicidad de secciones, juzga que el sistema es poco práctico, pues dificulta la organización escolar y complica el trabajo y los horarios, y es **quimérico**, pues las vocaciones no se revelan jamás tan temprano. La elección es decidida en realidad por la idea teórica de los padres sobre la superioridad de este o aquel orden de estudios o por el deseo de encarrilar al hijo en determinada carrera por ellos preferida. Cuando el niño decide por sí mismo, los dos grandes factores son generalmente la pereza o la injustificada aversión hacia materias que él no puede apreciar todavía. En todo caso, la educación completa y armónica se vuelve imposible.

Alfredo **Croiset** considera particularmente las humanidades y sostiene otra vez que ellas poseen una virtud especial para excitar a la invención y a la crítica de las ideas, para aprender a analizar los sentimientos y las pasiones que gobiernan el mundo moral, y, por consiguiente, para llegar con seguridad al conocimiento del hombre.

J. **Gheusi**, diputado, acepta que desde 1902, si ha disminuído la cantidad de alumnos estudiantes de lenguas antiguas, la calidad, en cambio, ha mejorado. Pero confiesa que no está enteramente persuadido de la excelencia de la reforma. "La cultura clásica—que no excluye la cultura científica, como se ha demostrado tantas veces—tiene tal importancia a los ojos de los que directamente han profesado en la Enseñanza superior o en la Enseñanza secundaria, que urge siempre preocuparse acerca del punto y procurar recoger todos los testimo-

nios competentes." Y repite una frase inolvidable de Ernesto Renán:

"Nuestra civilización, nuestras instituciones, nuestras lenguas están construídas con elementos griegos y latinos. Por tanto, el griego y el latín, quíerese o no, nos son impuestos por los hechos. Ninguna ley, ningún reglamento les ha concedido ni les puede quitar el carácter que la historia les da."

¿Son los candidatos jefes o pararrayos?—Se afirma corrientemente que las luchas políticas de Costa Rica no son luchas de ideas. Se dice que los partidos se forman en torno de los candidatos a la presidencia de la República y se observa que estos candidatos son por lo regular de una misma especie: semejante escuela económica, semejante escuela filosófica, semejante credo social. Se dice, pues, que se trata de incomprensibles luchas de personas y por personas.

Y se pregunta uno: ¿Cuándo y dónde han sido luchas de ideas las luchas políticas? Las ideas entran en todo, pero en política es en lo que menos entran. En Costa Rica, como en el resto del mundo, instintos, pasiones, sentimientos, intereses forman la trama de las divisiones políticas. Por lo mismo son tan hondas estas divisiones y tan agrias y estériles estas luchas. En combate de ideas no se disuelve jamás la unidad moral de una familia; el combate de puras ideas es siempre placido y benéfico.

Nuestras divisiones políticas tienen raíces hondas: son la manifestación inconsciente de muy antiguas diferencias. Aunque hermanos o primos, nuestras herencias fisiológicas y morales no son idénticas. ¡De tan diversas cosas corte por nuestras venas y en tan distintas proporciones! Afinidades más o menos decisivas nos agrupan en bandos tan fundamentalmente opuestos cual pueden serlo bandos de parientes cercanos.

Hecho caso omiso de los jóvenes que no han alcanzado aún su forma definitiva y de las personas moralmente amorfas y de aquellas simplemente seducidas que se colocan en filas que no debieran ser las suyas, quedan los verdaderos partidos, cuyos núcleos no son en realidad los candidatos. Estos nunca o casi nunca pueden corresponder a la intrínseca delineación de los partidos. Un candidato, mientras se le ve abajo parece ser el centro de algo; pero apenas alcanza las alturas del poder, se desvanece la ilusión y se nota que de nada era centro o eje.

Rogues de Fursac ha publicado en la *Revue Bleue* del 9 de Agosto un estudio serio del alcoholismo. Mucho recordará o aprenderá el que quiera leerlo. Aquí van algunas de las conclusiones que pueden sacarse de su lectura. No son novedades, pero son verdades que bien pudieran ser repetidas todos los días:

I. "Si el alcohol es un alimento, es un mal alimento, un detestable alimento." — Son las palabras de Atwater, el fisiólogo americano cuyos trabajos han contribuido más a establecer las propiedades alimenticias del alcohol.

II. "Tratándose de trabajo muscular, la experiencia demuestra que la capacidad y la resistencia de los obreros abstinentes son superiores a las de los obreros no abstinentes.

III. Por lo que toca al trabajo intelectual, la psicología prueba que la atención y la potencia cerebral disminuyen después de la ingestión de alcohol, aun en débiles dosis.— Son muy conocidas las opiniones a este respecto de Schiller, de J. Muller, de Helmholtz. Véase la de Edison (carta al doctor Donath, de Budapest, 12 de Noviembre de 1912):

"En respuesta a su carta del 28 pasado, me permito decirle que jamás bebo ninguna bebida que con-

tenga alcohol. Yo encuentro que no puedo producir ningún trabajo útil con un cerebro hecho estúpido por el alcohol."

IV. En cuanto al alcohol elemento de ensueño o "alcohol poesía", si se quiere llamar poesía ese estado de vaga beatitud con que prelude la embriaguez, hay que admitir que el alcohol es fuente de poesía... de poesía pasablemente degradante. Más vale permanecer en la realidad que salir por semejante puerta.

V. El alcohol disminuye la duración de la vida, a lo ancho y a lo largo. Crea por propia cuenta una multitud de dolencias. Aumenta la receptividad para las enfermedades contagiosas y complica el correspondiente cuadro patológico. Dificulta la cicatrización de las heridas, etc., etc. El alcoholismo es un camino que conduce a un mal paradero: la miseria económica, la miseria fisiológica o la miseria moral: el instituto de beneficencia, el hospital, el hospicio de locos o la cárcel.

Elías Jiménez R.

LA LIBRERIA FALCÓ

acaba de recibir las siguientes obras:

Historia de la Revolución Francesa

por L. Thiers

y

**Las Sectas y las Sociedades Secretas
a través de la Historia**

por S. Valentí y Camp

7ª Avenida, Este, 42 - San José, Costa Rica

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

Acusando recibo

LA VOZ DE LAS HORAS

Por Vargas Vila

Con el presente libro, como se dice muy bien en el prólogo, se publica por primera vez en España una obra de este raro y exquisito pensador que goza en América, de alta nombradía, y disfruta en Francia, Italia y Alemania, de justo renombre.

Sus obras editadas hasta ahora en París no han sido en España lo bastante propagadas, ni han estado, por su precio, al alcance del gran público que sólo conoce por referencias, a este escritor, uno de los más vigorosos y atrevidos pensadores de nuestra raza.

Pompeyo Gener ha dicho de Vargas Vila, que es un pensador justo y de una fuerza admirable, añadiendo en un sobrio estudio que de él hiciera, que así como en Alemania, que es modernamente el país de los filósofos profesionales, no se comprende un filósofo sin un sistema, Vargas Vila no está encarrilado en ningún método ni sistema, siendo en realidad, un inductivo aunque no presume de tal.

Vargas Vila es un solitario, un contemplativo, no admite dogmas, ni trabas, ni limitaciones; sus reflexiones son hijas de la observación de la realidad y en esto puede afirmarse que es un verdadero positivista.

Es Vargas Vila, además, un revolucionario tipográfico y sus libros llaman extraordinariamente la atención al primer ojeo, con sus líneas truncadas después de un punto y coma, truncamiento ideológico; su novísima puntuación y el uso de mayúsculas iniciales en las palabras a que desea dar un sentido más vigoroso.

Este notable libro que acaba de publicar la acreditada Casa Maucici, de Barcelona, forma un bien presentado volumen de 256 páginas, impreso en buen papel y claros caracteres, y se vende en las principales

librerías de París, España y América, al precio de ₡ 1-00.

El prejuicio de los sexos, por Juan Finot.—Dos tomos: ₡ 1-00.

No hay problema que interese tanto hoy en el mundo de las ideas como este del feminismo. La mujer, anhelosa de reivindicaciones y derechos, agita la opinión hondamente y sus chispazos se advierten en todos los países y en todas las esferas profesionales.

Finot, el filósofo del optimismo, como le llama el ilustre Max Nordau, ha dedicado largos años al estudio de lo que la mujer puede ser y desempeñar en una sociedad bien organizada, es decir, en una sociedad en la que se admitan los valores positivos de los dos sexos para asegurar la dicha y la felicidad humanas frente a todos los contratiempos y obstáculos que oponen los vicios seculares, como el alcoholismo, las enfermedades hereditarias, la guerra, la esclavitud moral, etc., desde que el mundo es mundo.

Para demostrar esta posibilidad ha escrito Juan Finot esta notabilísima obra, **El prejuicio de los sexos**. Es una obra documentada, reflexiva, de estudio, de meditación, en la que se nos presenta a la mujer a través de todas las civilizaciones y pueblos y se la examina desde todos los puntos de vista para deducir las conclusiones halagadoras de que esta sublime regidora del hogar, arca santa de la perpetuación de la especie, tiene iguales derechos a gobernar la sociedad que su compañero el hombre.

La obra, traducida por el distinguido periodista V. Ballester Soto, consta de dos tomos, y como todas las que edita la Casa F. Sempere y Compañía, de Valencia, lleva en la cubierta el retrato del autor y se vende a ₡ 1-00 completa, pudiendo asegurarse que es una de las más sugestivas e interesantes de cuantas lleva publicadas en su famosa Biblioteca Popular.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormida en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las carezas del cementerio, G. Miró.
El espada Morates, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadáver viviente, León Tolstoi.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne.
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez-Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.